

DESDE LA VENTANA

Guadalupe Sánchez Nettel *

Ahora ya están en silencio, él y tú, Amanda, de cada lado del cuarto. Desnuda frente a la ventana, lo estarás viendo acostado entre las sábanas que te revelan a medias su cuerpo, el cabello rubio y la expresión ingenua. Desde las repisas te contemplan las muñecas, los frasquitos de colores y las tijeras que te gusta andar recolectando. Enciendes un cigarrillo con dedos temblorosos y satisfechos, y tus miradas resbalan sobre sus piernas y el vientre. Cuánto descaro hay en tus movimientos, en esa forma de apartar los risos que desbordan por tu cara. Cierras los ojos, posiblemente para alcanzar los recuerdos, para detenerlos del pescuezo y obligarlos a permanecer ahí, en la memoria, junto a todas esas noches que has venido coleccionando; para escuchar de nuevo su voz, tan clara, casi femenina, confundiéndose entre cantos de cigarras.

Soy estudiante de música, te había dicho en el parque, a esas horas en que sólo tus pasos lentos y repetitivos alteraban el sonar de su guitarra, tus pasos lentos, Amanda, y ese aspecto de quinceañera, de mocosa perdida en la obscuridad de un parque. Tus pasos lentos y más tarde tu voz mariposeando en sus oídos, el tintinear de la risa y del cabello oscuro desparramando su enredo sobre las mejillas, el movimiento holgado de tus ojos que cada noche yo espero desde la acera de enfrente. Después de tantas horas de mirarlo tocar, de acecharlo con actitudes salvajes, apareciste por fin en escena, dispuesta a sorprenderlo con tu imagen repentina en la soledad de la noche. Luego, las miradas sobrias y la timidez fingida, ese miedo ficticio de ca-

* Preparatoria.

minar en la madrugada y, al final, un vivo sola, a cinco cuadras.

Me gusta verte así, desnuda, desde la casa de enfrente, mirar tus ojos grises que la noche enturbia, la mano reposando sobre un seno o esa pelusa negra que caracolea sobre tu sexo. Esos aires de prostituta cuando te encuentras a solas y arrojas la colilla del cigarro por la ventana. Me gusta verte a ti, Amanda, a ti, la de las muñecas, la de los frascos en las repisas, la del cuarto en penumbras y las tijeras de todos los tamaños que cuelgan de la pared. Me gusta verte a ti y no a esa niña perdida que abre la puerta con movimientos torpes, y que invita a los hombres jóvenes y de cabellos atractivos a tomar una copa de jerez.

Afuera, ladran perros en el silencio y te hacen voltear preocupada en dirección a la cama para ver si él continúa boca arriba y tranquilo. Como en todas estas noches, te pones las zapatillas rojas, el traje de Pierrot y, haciendo el menor ruido posible, te pavoneas alrededor del cuarto, de tu cuarto de tijeras y frasquitos. Entre giros te aproximas a la cama y, con gestos ondulantes pero también sigilosos, retiras muy lentamente la sábana,

contemplas orgullosa el contorno de su ombligo, el pecho liso como una pieza de mármol, la cintura y esas piernas que pocas horas atrás aprisionaban las tuyas.

En la ventana el alba está amenazando: tú y yo sabemos que no queda mucho tiempo. Sin apartar la vista de él, vas descolgando una a una las tijeras de la pared, recortas por mechones los cabellos vaporosos, que colocarás luego en algún nuevo frasco, y con tijeras más filosas desgarras las uñas. Mientras, los recipientes se van llenando de pelusas, de uñas escamadas teñidas, voluntariamente, porque la práctica no te permite errores, de algunas gotitas de sangre. Y yo, desde la ventana, veo cómo se sonríen las muñecas, intuyo la campanada del reloj que como un hachazo marca ese segundo exacto que respetas religiosamente. Al igual que todas estas noches, me pongo la gabardina y la gorra de pana azul. Me acerco a la puerta y cuento los minutos para mirarte cruzar la calle con las zapatillas rojas y el traje de Pierrot, para esperar, Amanda, a que toques el timbre y me pidas, como siempre, que te ayude a deshacerte del cuerpo.

